

SEMBLANZA DE HUGO PESCE*

La década de los '60 es la más trascendental del siglo XX. Se inicia con la píldora anticonceptiva, que le da a la humanidad la fuerza preternatural de gozar el sexo sin obligarse a la reproducción. Le siguen las luchas de liberación colonial en el sudeste del Asia y África, y el epílogo exitoso de la lucha por los derechos civiles de los negros en Norteamérica.

La revuelta de los estudiantes de 1968 hace tambalear la estructura del primer mundo. Como corolario surgen los hippies, las cabelle-ras luengas, las ropas estrafalarias, las arengas de «hacer el amor, no la guerra», y el bramido de Cohn-Bendit en París: «La imaginación al poder».

El tono sincopado de la música de los Beatles en Londres conquista a la juventud mundial, y se desborda en el Festival de Woodstock en USA, con lo que se marca la ruptura con el pasado, con su música, sus ritmos de baile, sus artes plásticas. Los aires de «fronda atraen la libertad sexual y el consumo de drogas». Se marca el distanciamiento de los jóvenes con los adultos y el fin del respeto a la autoridades y a las instituciones tradicionales.

La década de los sesenta, culmina con un acto prometeico: El 20 de julio de 1969, un vehículo llamado Apolo 11 aluniza a dos terrícolas. Y con ello concluye la servidumbre humana a la tierra.

De esto hablaba con Hugo Pesce al despedirme, ignorando que era el final de una era y de un gran hombre.

Presentar a Hugo Pesce como un «Uomo Universale», es casi un lugar común. Esto significa que todo lo humano le era importante: la actividad física, política, intelectual, artística, y médica.

Imaginarlo boxeando, nadando y como gimnasta ya es insólito. Mucho más conocerlo como habilísimo esgrimista.

Su actividad política surge como fruto de sus vivencias durante las conmociones sociales que se presentaron en Italia en la post-primer guerra. La retórica adquirida de su educación con los Jesuitas, sumada a la dialéctica Hegeliana, le dotaban de una arrasadura polémica que sabía utilizar a discreción.

Su conocimiento en artes y ciencias sorprendía:

Cuando en 1960 viajó con la Delegación Cultural Peruana a la República Popular China, el ministro de Cultura de ese país solicitó un informe acerca de la Cultura en el Perú. Obra en mi poder el documento original de 7 páginas —en papel de arroz dorado— donde su letra menuda describe y clasifica —de memoria— toda la historia cultural del Perú antiguo.

No es esta la oportunidad de puntualizar sus ensayos —escritos y orales— en Filosofía, Historia, Política, Geografía, Etnología, Lingüística y Medicina. Su cultura clásica le permitía mencionar fragmentos de pensadores griegos y latinos. Su libro de cabecera era de Heráclito —en griego— a quien mencionaba una y otra vez.

* Escribe Aizic Cotlear (Para la celebración del cuadragésimo aniversario del Instituto de Medicina Tropical de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. 15 de julio de 2003)

Pero no debemos olvidar sus otras cualidades, como la de coreógrafo, su conocimiento de la pintura indigenista y en especial la de Sabogal. Su sentido de humor, como cuando describía el disfraz femenino que preparó para que Eudocio Ravinez pudiera fugar de la persecución policial... Su conocimiento de vinos, sobre todo italiano.

Hugo Pesce se consideraba un hombre de su siglo, y advertía: pertenecemos al siglo en la medida en que éste nos marca y nos determina. Jugaba con las figuras de los verbos ser y estar que precisan dicha consideración: Estamos en la época en la medida en que le pertenecemos, usufructuamos de su cultura y tecnología, pero no necesariamente compartimos sus creencias. Por ejemplo, la mayoría de la población humana, tiene más fe en la astrología, la religión, y los arcanos que en la Ciencia.

Ser hombre de su época, es una categorización que implica una participación activa en el proceso de creación y difusión del discurso cultural.

Significa atravesar el espejo que refleja la contingencia de la época para tratar de comprender la naturaleza de la quiebra de los valores tradicionales, y a través de ello, promover una reestructuración individual y social.

Gozaba de las tertulias fecundas, y se aislaba en su gabinete en las noches, consagrándose al deleite de la lectura y a la formación de sus discípulos. Era mesurado en su expresión pero muy enérgico en su exigencia. Muy preciso en la equivalencia de sus palabras con los hechos.

Pese a una formación profesional brillante en Europa, donde destaca en Radiología y Fisioterapia, sus posibilidades de trabajo en Lima fueron muy limitadas. Para sobrevivir económicamente, trabaja como médico en la Colonia Agrícola de Satipo, como Delegado de la Dirección de Salubridad. Resultante de aquella estadia son un mapa de la colonia de Satipo y un

esquema geológico del valle. De regreso a Lima, es enviado como comisionado sanitario a la provincia de Andahuaylas.

Sus memorias de médico en Salud Pública en Andahuaylas *Las latitudes del Silencio*, merecen ser una lectura obligatoria para los estudiantes de Medicina, por mostrar una visión de cómo es posible servir a la población enferma, e investigar científicamente en el campo de la Epidemiología. Sus aportes acerca del Tifus exantemático, y su investigación y descubrimientos en Lepra son paradigmáticos. Desde entonces, Lepra en el Perú tiene como epónimo a Hugo Pesce.

Su visión de la Epidemiología, era la de una disciplina dedicada al estudio de la ecología de poblaciones de huéspedes y de parásitos en interacción. Y para poder resolver los efectos deletéreos de esta convivencia, era preciso conocer su naturaleza íntima.

Por eso —creo yo— él no habría aceptado como factible las metas de la OMS de erradicar la Lepra como un problema de Salud Pública para el año 2000 mediante la utilización del MDT. [En el año 2001, algunas zonas rurales de la India presentaban una incidencia de 60/10 000, y anualmente se registran 700 000 casos nuevos en el planeta. (Int.J.Lepr, vol 69, N.º 3)].

Hugo Pesce insistía en la necesidad de investigar la enfermedad con los métodos de la Ciencia Médica, a fin de conocer la naturaleza íntima de la etiopatogenia, que pudiera completar el proyecto de Ehrlich de la «bala mágica».

Y la Ciencia Médica —al presente— ha convertido parte de su sueño en realidad: ha conseguido identificar la secuencia del genoma del *M. leprae*. Con ello se ha podido conocer las rutas biosintéticas para los nucleótidos, lípidos y aminoácidos bacilares. Se ha determinado que este germen es incapaz de codificar catalasa como defensa contra radicales libres de oxígeno. Y más aún, se ha aclarado el misterio que rodeaba la afinidad nerviosa del *M. Leprae*, al

descubrirse un glicolípido fenólico que envuelve al germen y que se adhiere a la lámina basal de los axones de las células de Schwann.

Estas noticias habrían exaltado su confianza racional en la Ciencia y en la posibilidad futura de controlar la Lepra.

«Los inmortales son mortales y los mortales inmortales; ellos intercambian mutuamen-

te la vida y la muerte» repetía Pesce, citando a Heráclito.

A ello debemos agregar que lo inmanente de Hugo Pesce es lo que lo hace trascendente.

El motto de su existencia fue

ESSE QUAM VIDERI, Ser, no parecer.